



# El prodigio de Chiquinquirá

RAFAEL MAURICIO MENDEZ BERNAL

Fotos: Mario Rivera Vélez

Reproducciones: William Núñez

Mapa: Martha Raquel Herrera

LOS ARTESANOS chibchas tejieron una manta de algodón ruda y sencilla y más ancha que larga. Los indios acostumbraban estampar allí sus afortunados diseños geométricos, pero esta vez las tierras mixturadas con el zumo de hojas y de flores se emplearon en dar forma y volumen a una virgen cristiana en el centro de dos hombres santos. Pocos años más tarde, esta simple manta se convertiría en la imagen más socorrida y reverenciada en todo el orbe cristiano.

María llegó muy temprano a las tierras de América. Las promesas de los desesperados hombres que Ojeda dejara resguardando las fracturadas fronteras de la población de San Sebastián de Urabá, atacada por los indios, las plagas y el hambre, se cumplieron. Esa nueva y anhelada ciudad, segura y hospitalaria, se llamaría Santa María la Antigua del Darién, y quizá en España su santuario fuera visitado y adorado por un agradecido emisario, en justo pago a los favores recibidos. Y a este primer triunfo se siguieron otros. Los ojos aterrados de los indios y los acerados de los españoles la vieron en muchas de sus formas, ascendiendo a los altares ya desnudos de divinidades aborígenes, victoriosa en la feliz culminación de un andar frenético sobre mares y selvas que ella siempre había protegido.

La devoción del Santo Rosario fue el remedio que santo Domingo de Guzmán pidió y obtuvo de la Virgen para que lo librara de la pesadumbre herética de los albingenses en 1206. Desde entonces y confirmado su poder por un culto creciente y por la ratificación de pontífices y prelados, el rosario se convirtió en “el maravilloso instrumento de la destrucción del pecado, el medio para recobrar la gracia y dar gloria a Dios” (Gregorio VI). Y este instrumento perfecto que trajo María al nuevo continente se convirtió en el “medio más eficaz para convertir almas”<sup>1</sup>, para que “aquellos ciegos en su idolatría, engañados del demonio, sin conocimiento de la verdad y faltos de la luz de la fe”<sup>2</sup>, depusieran su resistencia y reconocieran la claridad. “María es día y el día da noticia de sí a otro día”<sup>3</sup>.

Los españoles trajeron consigo a las Indias, junto al deseo frenético de poderío, la lengua latina y los resplandores de su técnica, un adusto panteón, poderoso y preciso que ellos mismos se vieron forzados a adorar en el sitio de sus antiguos dioses ecuestres y astrales, que hablan de los primeros tiempos mediterráneos de su nacionalidad. Un solo dios, absoluto, omnimodo, omnipotente, que siendo tres es uno y que redime la culpa inveterada de los hombres con la sangre de su hijo, sangre propia que, luego de tres siglos de haber sido derramada, se yergue en los “imponentes faustos del concilio de Nicea (325), primera gran manifestación de la alianza entre el imperio romano y la Iglesia cristiana”<sup>4</sup>. Dios poderoso y único que habla y reclama a los hombres, que

<sup>1</sup> Fray Pedro del Tovar y Buendía, *Verdadera histórica relación del origen, manifestación y prodigiosa renovación por sí misma y milagros de la imagen de la Sacratísima Virgen María, Madre de Dios, Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá*, ed. facsimilar, Bogotá, Instituto Caro y Cuervo, 1985.

<sup>2</sup> *Ibid.*

<sup>3</sup> *Ibid.*

<sup>4</sup> Etienne Trocmé, “El cristianismo desde los orígenes hasta el Concilio de Nicea”, en *Formación de las religiones universales y de salvación en el mundo mediterráneo y en el Oriente Próximo*. México, Siglo XXI, 1979.

*Página anterior:*  
*Imagen popular de la Virgen de Chiquinquirá*



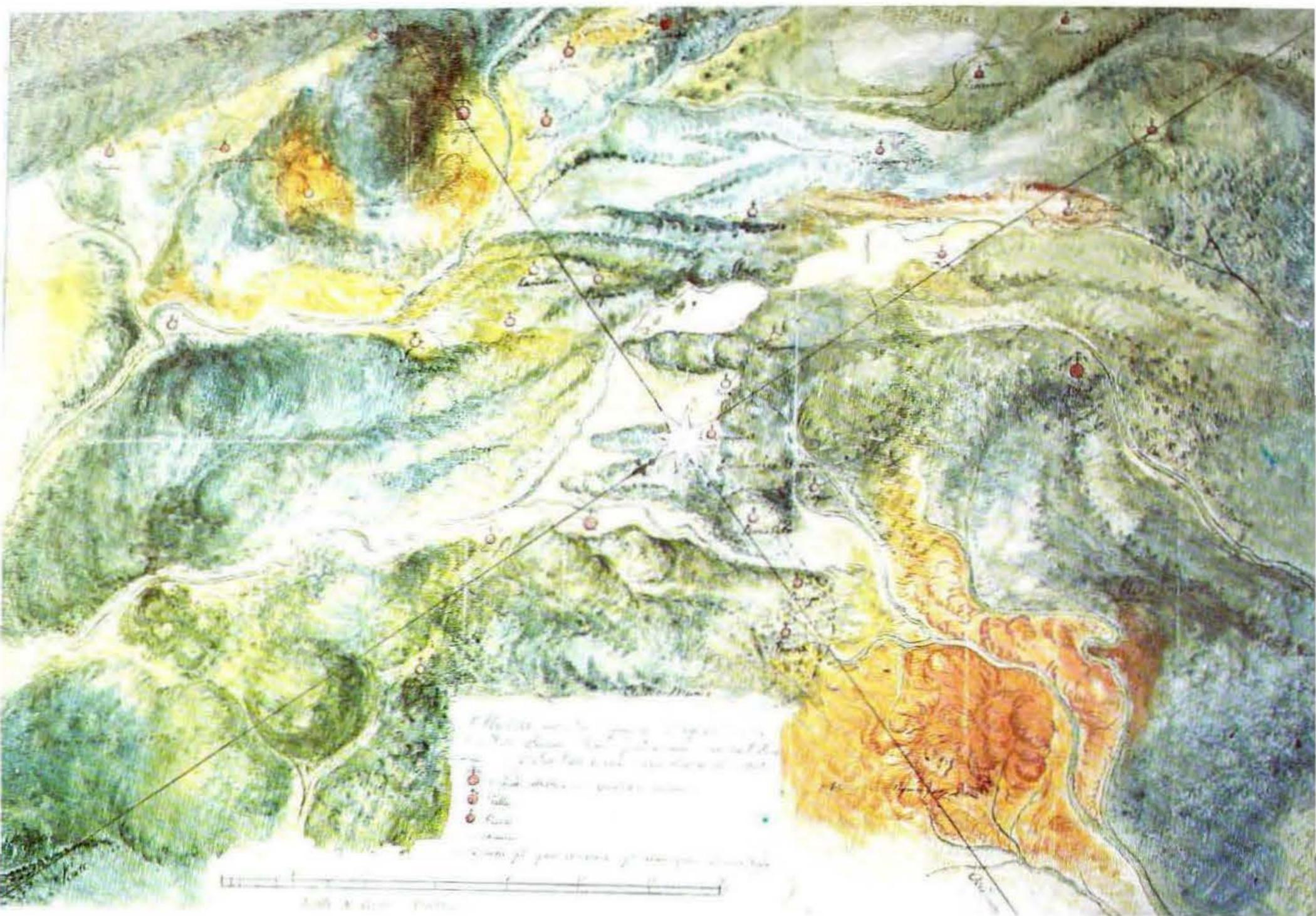


Imagen de Chiquinquirá

técnica y el fuego; Bochica, que libera de la muerte y enseña las bases de la cultura; Jesús, que redime la culpa original e indica la manera verdadera de vivir. Y sin embargo no todos exigieron una moral casi imposible. El dios universal cristiano así lo hizo, pero la inmadurez de su creatura, prolijamente proscrita, le llevó de nuevo a la apariencia y lo obligó al milagro.

El pueblo muisca, desde la diversidad de sus mitologías y la cercanía al animismo, se halla por la época de la conquista perfectamente imbuido en el universo del milagro. Chiminigagua, Bachué, Bochica, Chibchacum, Labaque, Sue, Chía, etc., conformaron, junto con muchos otros, el entramado de un complejo religioso que contaba con sus propias explicaciones originales, garantías de estabilidad de la realidad existente y acciones simbólicas eficaces para alterar el curso de los acontecimientos. Sin que la acción ritual se acompañara de consecuencias ajenas a ella misma, su realización y repetición en una "secuencia regular" se justifica al crear una realidad ordenada, adecuada y operativa. De esta forma, cuando los cristianos españoles, armados con el rosario de la Virgen, demostraron la realidad de su fe a los indios mediante un prodigio, acercaron la facción más "pagana" de su credo a la fuente religiosa aborigen que de mejor y más efectiva manera podía apropiársela sin traumatismos fundamentales.

El padre fray Pedro del Tovar, en su *Verdadera histórica relación del origen, manifestación y prodigiosa renovación por sí misma y milagro de la imagen de la Sacratísima Virgen María, Madre de Dios, Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá*, nos relata la historia pormenorizadamente. Aceptando divergencias menores con otros cronistas, el padre Tovar nos narra cómo el conquistador Antonio de Santa Ana, que tenía a su cargo las encomiendas de Suta y Chiquinquirá, asistido por el hermano Andrés Jadraque, obedeció a su deseo de tener una imagen de la virgen a la cual adorar en una rústica capilla en el pueblo de Suta. Andrés Jadraque viaja a Tunja y se entrevista con Antonio de Narváez, maestro platero que conocía de pintura, a él encomienda la obra y juntos planean su realización. Como la manta indígena es ancha y para no



Mapa del cantón de Chiquinquirá elaborado en 1825 por Justo Pastor Lozada. Original en 50 x 72 cms. que se conserva en el Archivo Nacional.

Facsimil de la tela original tomado del libro *Verdadera histórica relación del origen, manifestación y prodigiosa renovación por sí misma y milagros de la imagen de la sacratísima Virgen María madre de Dios Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá.*



*Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá*  
Anónimo S. XVIII  
Oleo sobre madera. Enjoyada  
0.64 x 0.40 mts.  
Iglesia de Yanaconas. Popayán.



*Estado actual de la tela original de nuestra Señora de Chiquinquirá.*

*Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá*  
Anónimo  
Oleo sobre madera.  
Colección Museo Juan del Corral. Santa Fe de Antioquia  
(Esta es una expresión muy popular e ingenua. Es curioso ver las plantaciones de maíz como parte del fondo).



*Nuestra Señora del Rosario de Chiquinquirá*  
Anónimo  
S. XVII  
Oleo sobre tela  
1.23 x 1.37 mts.  
Iglesia de Nuestra Señora de las Aguas - Bogotá.



desarmonizar de ninguna manera, deciden colocar en el lienzo las imágenes de san Andrés apóstol y san Antonio de Padua, éste último en razón de ser el santo de Antonio de Santa Ana, quien pagó el lienzo, y san Andrés en honor propio, por haber sido él, Andrés Jadraque, quien lo contrató y quien había buscado los colores. Así las cosas, se ultimó el negocio y el hermano Andrés regresó a Suta con su cometido realizado, contando con el regocijo y aprobación de Santa Ana. Así pues, nació este lienzo con la trilogía de personas venerables: la Virgen del Rosario presidiéndolo, San Antonio a la derecha y San Andrés a la izquierda —posición ésta que no dejó de despertar ciertas antipatías—, para coadyudar a la justa adoración de Dios, a la salvación espiritual de los indígenas y a la protección y ayuda de la Santa Virgen, que exterminaría los males y que con las oraciones, que se le elevarían como tantas rosas con las cuales se le forman una corona a la Reina de los cielos, nos protegería de las inclemencias y sería nuestra intermediaria y abogada frente al Padre. La imagen estuvo varios años en la capilla de Suta, expuesta a toda clase de penurias y maltratos, hasta que las imágenes se borraron por completo y la manta, de origen tan rústico y poco resistente, se rasgó cuando menos en seis partes. El padre Juan Alemán de Leggissamo, no consintiendo en ofrecer misa precedida de imagen tan deteriorada, pidió y obtuvo un reemplazo, la de un Cristo en la Cruz, que supliera dignamente la ya tan desmejorada Virgen del Rosario. Entregó, pues, el cuadro de vuelta a don Antonio de Santa Ana, quien a su vez lo envió al caserío de Chiquinquirá, donde tenía influencia de encomienda y posesión de tierras y ganado.

La voz *Chiquinquirá* significa, en el idioma muisca, 'lugar de la niebla', dadas la crudeza del clima y la frecuente y espesísima neblina que la cubría. Se dice que los mismos indígenas lo rechazaban como sitio de habitación, irritados por el frío continuo y extremado. Este caserío se asignó en 1572 a la influencia de Villa de Leyva, población influyente y próspera. En 1585 llegó la imagen de la Virgen del Rosario a Chiquinquirá y se le asignó una muy burda construcción, que se calificaba de capilla, aunque muy raras veces, si no nunca, oficiaba como tal. Por carecer de puerta, dicha estancia servía de refugio a los animales, y los indios no tardaron en aprovechar el desfigurado lienzo como tamiz en donde secar el trigo al sol. Así las cosas, María Ramos, nacida en Guadalcanal, casada con Pedro de Santa Ana, hermano de aquel Antonio que ordenara la construcción de la imagen, llamada por éste, que gozaba de próspera situación en Tunja, se llegó a las Indias asistida de Francisco de Rivera Santa Ana, su sobrino. Su marido, quien recién llegado de España se congració de su presencia, no tardó en mostrar creciente desapego y fastidio hacia ella. María Ramos, dolorida y penosa, dijo entonces de los deseos de ir a visitar a Catalina García de Yrlos, esposa de Antonio de Santa Ana, quien a la sazón había fallecido, lo cual fue bien visto y favorecido por Pedro de Santa Ana. Marchó, pues, María Ramos a Chiquinquirá, población a la que se había retirado Catalina García en su viudez. Esta María Ramos era fervorosa y deseaba hallar paz a su desasosiego, solicitó a Catalina García le enseñase un lugar en donde orar a su placer, y ésta le señaló la capilla donde el lienzo de la Virgen se hallaba desbaratado y sucio. Llamó entonces a Ana Domínguez, servidora de la casa, para que le asistiera en su propósito, y juntas limpiaron y colocaron el lienzo sobre un bastidor de guadua, que colgaron a la pared con un sólido cordón de fique. Constantemente, María Ramos, fiel devota de María del Rosario, pedía de la manera más piadosa que se le manifestara la imagen escondida, hasta que el día viernes 26 de diciembre del año 1589, entre las ocho y nueve de la mañana, luego que María Ramos repitiera su súplica con mayor fervor que nunca, volviéndose a salir se encontró en la puerta con una india

llamada Isabel y su pequeño hijo Miguel, de cuatro o cinco años, quien le señaló cómo la imagen descendía del puesto en donde había estado firmemente asegurada y cómo despedía una luminosidad enceguedora, que parecería estarse quemando la capilla. A los gritos de asombro acudió Juana de Santa Ana, y las tres mujeres vieron cómo lo que tomaron por incendio era la luz despedida por el cuadro, que entonces se posaba sobre el lugar ocupado por María Ramos en sus oraciones. Llegaron a esta altura Catalina García de Yrlos y Ana Domínguez, entre todas devolvieron el cuadro a su sitio y corrieron a dar la voz de milagro a quienes tuvieran a la vista. La renovación del lienzo fue testimoniada por todos aquellos que habían tratado con él, y las comisiones enviadas por el arzobispo Zapata de Cárdenas, los padres Juan de Figueredo, de Suta; Gerónimo de Sandoval, de Villa de Leyva, y los funcionarios Diego López de Castiblanco y Andrés Rodríguez ratificaron, el 10 de enero de 1587 y el 12 de septiembre del mismo año, la autenticidad del milagro. Las pruebas se fueron sumando una a otra hasta no quedar vestigio de duda posible, y se dio comienzo al culto milagroso de la Virgen del Rosario de Chiquinquirá.

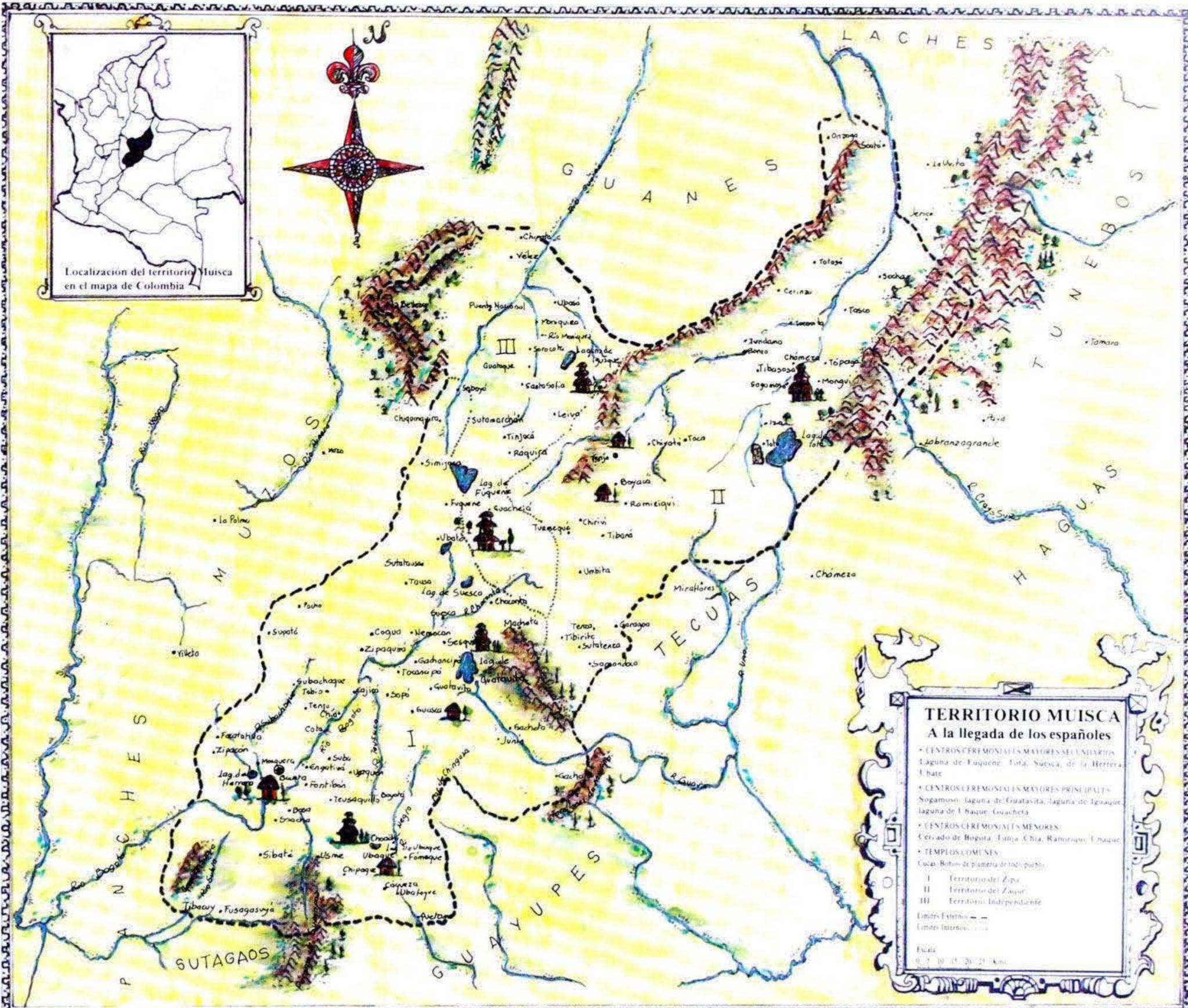
El padre Tovar hace un detalladísimo relato de todas las ocasiones en que tuvo noticia de la acción prodigiosa de la Virgen, que, excediendo el orden común de la naturaleza en general beneficio de los mortales, no sólo corporal cuanto espiritualmente, devolvió la vista a los ciegos, libró a sus fieles del cautiverio, devolvió sanidad a los tullidos, gafos e impedidos, libró de peligrosas caídas y despeñaderos, salvó de las aguas, curó las heridas, socorrió en partos peligrosos, mordeduras ponzoñosas, flujos sangrosos mortales, llagas pestilentes, incendios, naufragios y enfermedades de los animales. Caso tras caso, nos trae relación de los portentos; entre los cuales la transformación del clima de Chiquinquirá, la cura de dos pestes de la ciudad de Tunja y una en la ciudad de Santafé de Bogotá, así como de aquellos sucedidos en poblaciones tales como Quito, Lima, México, Maracaibo y otras en España e Italia. Las imágenes, las promesas, las romerías, el agua y la tierra que brotan de su santuario, el aceite de su lámpara contienen este maravilloso poder curativo de los males que implica la contingencia humana. Son innumerables las imágenes que se reproducen, a pesar de la dificultad que esto conlleva a los artistas, y que se adoran en otros tantos santuarios fuera y dentro del país. Los indios muisca la convirtieron en el mayor motivo de su adoración y reverencia, lo que en boca de los misioneros y sacerdotes fue la mayor y más evidente prueba del triunfo de la verdad sobre la falsía y la ignorancia. El papa Juan Pablo II, en su reciente visita a Colombia, renovó el culto.

Las ceremonias al Sol en Sogamoso, con sus grandes procesiones y sus sacrificios humanos rituales, la legendaria ofrenda a la diosa Bachué en Guatavita, las romerías a las lagunas sagradas de Iguaque, los rituales consuetudinarios que sustentaban y vitalizaban el mundo muisca han dejado de existir. De la misma manera, su modelo de autoridad, su versión de la naturaleza, del orden social y del cosmos, su noción de realidad. ¿Podremos, entonces, afirmar que la cultura extraña y su sentido de sacralidad se han impuesto definitivamente? Las formas externas, observables y constatables así lo declaran. Los sacerdotes católicos que entraron en el Nuevo Reino de Granada enarbolaron cruces, derribaron ídolos, levantaron altares y ofrecieron sacrificios. Arriba nos referimos al agudo problema que tanto ha cuestionado al mundo cristiano, hasta el punto que en él podemos hallar una de las fuentes motivadoras más socorridas por Lutero, la escisión entre la actitud interior y las conductas externas. La profunda preocupación por la idolatría,

su cercanía sensible al paganismo, al animismo, a la magia. Quizá ese margen que nos separa de la pura idealidad y nos arroja a una ritualidad constante que pretende controlar la intemperancia de los tiempos, pueda darnos luces al respecto. El hombre moral, universal, crítico, que pueda merecer a aquel Dios uno y total, poderoso y absoluto, se hace diario en la quebradiza piedad de los hombres, criaturas indignas que acuden a las figuras intermediarias en busca de la defensa y comunicación con el Padre que su fragilidad les ha negado. Y es la actitud "gentil" de aquel que acude a rituales y regularidades simbólicas la que se impone a ojos vistas en nuestro pueblo. Así, se conjura el desorden y se adquiere certeza y redención a la inexplicable arbitrariedad de los días. La procesión de toda una comunidad a un sitio sagrado, repetida infaliblemente cada cierto período, reinvierte el tiempo, restaura el pasado, ordena la experiencia, asegura la regularidad cósmica, sin importar que el credo que se expresa ya ha asegurado esa regularidad y considera la redundancia como un descreimiento, casi como una blasfemia. Supervive la íntima convicción espiritual que llevaba ofrendas a Guatavita, sin esperanzas y con profunda certeza. La Virgen del Rosario, que en Chiquinquirá presidía el forzoso cambio de relaciones hombre-dios en América del Sur, no se reconoce en la Virgen de Chiquinquirá, que generaciones han moldeado a la imagen de sus propias acciones, anhelos, carencias y esperanzas. La poderosa capacidad transformadora de la vida, sin mirar circunstancias ni arbitrariedades, forma todas las sustancias con su propia impronta inflexible y vibrante. No existe material que le resista. Ni siquiera dios.



*Imágenes de la devoción a la Virgen de Chiquinquirá*



Sitios de adoración en el territorio Muisca